

La vitalidad psíquica desde la dialéctica pulsión-objeto: ¿destino o desafío?

PATRICIA REYES LÓPEZ*

*¿Que cuántos años tengo?
Qué importa cuántos años tengo.
¡No quiero pensar en ello,
unos dicen que ya soy viejo,
otros que 'estoy en el apogeo',
pero no es la edad que tengo
ni lo que la gente dice
sino lo que mi corazón siente
y mi cerebro dicte!*

JOSÉ SARAMAGO

Cuando recibí la invitación a participar en este encuentro, lo que llamó mi atención fue el título: “La vitalidad psíquica en la adultez, destino o desafío”. Se me vinieron muchas ideas a la cabeza, pero más que respuestas, surgieron en mí muchas preguntas: ¿qué entendía por vitalidad psíquica?, ¿a qué se refería el término *adultez*?, ¿qué criterios eran los que determinaban esta etapa de la vida?, ¿qué significado tenía para mí el concepto *destino*?, ¿qué es lo que implica un desafío?

De entrada, voy a referirme a lo que pienso respecto al término *adultez*. Los diccionarios lo definen como la edad o periodo en que se ha llegado al mayor crecimiento o desarrollo, tanto físico como psicológico. La etapa de la adultez es la sexta etapa de la juventud.

Si bien es cierto que *adultez* alude a la clínica con pacientes adultos, y quizás todavía un poco más a pacientes de la llamada tercera edad, en la actualidad, gracias al avance de la ciencia, ha aumentado el promedio de vida del ser humano y ya se habla de una cuarta edad llamada *ancianidad*, que sucede a la vejez. Maud Mannoni, en su libro *Lo nombrado y lo innombrable*, menciona que “la vejez no tiene nada que ver con la edad cronológica, es un estado del espíritu [...] hay personas que antes de dejar efectivamente a los vivos ya han entrado en el reino de los muertos [...] uno envejece como vivió” (Mannoni, 1992). A su vez,

*Patricia Reyes López
Psicoanalista titular en
función didáctica de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara.

reyeslopez@yahoo.com



André Green dice que “el alma no es ni un lugar ni está en un lugar. Es aquello por lo que se reúnen lo sensible y lo inteligible, lo estable y lo inestable, lo uno y lo múltiple y puede serlo porque Eros la pone en movimiento” (Green, 1997).

Por lo anterior, el término *adulter* lo abordaré no desde una visión de tiempo cronológico ni una etapa de la vida, sino desde un punto de vista metapsicológico, es decir, desde el tiempo del pensamiento o de los distintos tiempos del funcionamiento del aparato psíquico, parámetro con el cual enlazaré mi idea acerca de la vitalidad psíquica, independientemente de la edad cronológica.

Respecto a la vitalidad psíquica, el diccionario define el concepto de *vitalidad* como una actitud enérgica, activa y decidida al pensar, expresarse y obrar, así como calidad de tener vida, energía aplicada para vivir o desarrollarse, dinamismo de una persona o cosa que manifiesta cierta energía.

Valiéndome de esta definición, que pone tanto énfasis en la energía, no puedo dejar de asociar la vitalidad, en su vertiente psíquica, con el concepto de *pulsión*, pues como dice Green: “la pulsión es el único concepto capaz de explicar el dinamismo transformacional propio de lo psíquico” (Green, 1997).

Partiendo de esta idea, considero que una persona, sea cual fuere su edad o etapa, manifestará vitalidad psíquica en la medida en que su aparato psíquico sea capaz de lograr y mantener este dinamismo transformacional que dé lugar a cambios psíquicos, producto de la lucha y el enfrentamiento entre Eros y Tánatos, siempre en conflicto.

Freud consideraba que el modelo de cambio psíquico está ligado al descubrimiento del inconsciente, pero no de cualquier inconsciente, no al inconscien-

te reprimido, sino a aquel inconsciente al cual se refiere a lo largo de su obra, desde *El proyecto de una psicología para neurólogos*, pasando por el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, *El chiste y su relación con el inconsciente* y *La carta 52*, hasta sus artículos “La Negación”, “Lo siniestro” y “Más allá del principio del placer”, en los que se refiere a un inconsciente innombrable, irrepresentable, al cual sólo se puede acceder a través de inferencias. En “Más allá del principio del placer” expone cómo un organismo, que repite para volver a lo inanimado, puede prolongar la vida si en el trayecto de esta compulsión repetitiva recibe ciertas influencias renovadoras, pasando de la repetición mortífera a la innovación creativa (Varela *et ál.*, 2017).

Actualmente y en la misma línea, Jaime Szpilka afirma que el cambio psíquico se define como el movimiento regresivo de la pulsión, pero para producir algo nuevo que dé lugar a una creación y no para repetir estérilmente. Considera que no existe una estructura inconsciente preexistente, sino que este inconsciente innombrable funciona como una ostra que se abre momentáneamente y se vuelve a cerrar, y *se produce* en la sesión, por el trabajo en transferencia del analista, que mediante sus construcciones y su interpretación moviliza la pulsión, reanimando el circuito pulsional que da lugar al dinamismo transformacional que conducirá a un cambio psíquico y eventualmente a una vitalidad psíquica, y es el acto psicoanalítico un momento privilegiado de apertura de este inconsciente innombrable e irrepresentable.

Esta tesis se sustenta en lo que Freud decía: que nada se pierde, que todo queda en el inconsciente como marcas tempranas. En *El yo y el ello* menciona que la imagen corporal está deter-



minada por las representaciones psíquicas tanto conscientes como inconscientes que el Yo estructura en tres niveles, uno de los cuales son las sensaciones perceptuales ligadas a lo visto, lo oído, lo tocado, lo olido: sería aquello a lo que Julia Kristeva llama *lo semiótico*, Jean Laplanche *los sensorios* o *lo originario* de Piera Aulagnier, o sea, lo inconsciente que no ha podido ser representado y nombrado.

En el dinamismo libidinal, la voz de la madre va significando y erotizando el cuerpo del bebé, proceso mediante el cual se realiza una inscripción que permite el encadenamiento significante. Laplanche, en su teoría de la seducción generalizada, sustenta que cuando la madre amamanta se erotiza, siente placer sexual y el bebé siente esa erotización que queda como mensaje enigmático porque el bebe todavía no tiene un aparato psíquico para elaborar, pero que después utilizará para su sexualidad futura. La exigencia del aparato psíquico es, entonces, hacer que ese código del primer encuentro se traduzca a otro código que permita al Yo representarlo y darle un sentido a ese inconsciente innombrable que anteriormente sólo fue sensorial, y es a nosotros los psicoanalistas a los que nos toca hacer ese trabajo de *transformación* de un código a otro: es en este proceso en el cual se manifiesta la dialéctica entre pulsión y objeto.

Green menciona que en las vicisitudes entre Eros y Tánatos es determinante la relación con el objeto, ya que éste es revelador de las pulsiones, pues éstas no tienen existencia por sí mismas, sino por el encuentro con el objeto. La pulsión sólo tiene objetos y metas, no tiene representación de sí; se nos hace cognoscible únicamente por sus representantes psíquicos, por la labor de representación de la actividad psíquica.

Contrario a lo que sería la vitalidad psíquica, entiendo la desvitalidad psíquica como una manifestación de la pulsión de muerte, tal y como la entiende Green, como una función de desobjetualización y desinvestidura; es la tendencia a reducir a cero la investidura del Yo; desinviste la libido yoica sin devolverla al objeto, desinteresándose del objeto como de él mismo; el único anhelo es desaparecer. Ya no se busca un objeto; el deseo del Otro se transforma en deseo de no deseo, se renuncia a la búsqueda de satisfacción. Este trabajo de lo negativo conlleva empobrecimiento del Yo, con lo que se le retira al sujeto un poco de vida, con sensaciones de desvitalización o muerte psíquica. Vida y muerte es lo mismo, proceso en el cual el afecto se traduce en indiferencia (Green, 1997). En ciertos momentos del tratamiento nos movemos en el campo de lo negativo con cualquier persona, pero quizás aún más con los adultos mayores que se enfrentan a la idea de su ya cercana finitud. Sin embargo, hay una segunda oportunidad para que ese acercamiento al fin de su vida sea vivido de una manera más tranquila y gratificante. Hay que aceptar la muerte para poder vivir.

¿Destino o desafío?

En las creencias populares el destino, también llamado *fatum* (fatal), es considerado como un poder sobrenatural inevitable e ineludible que guía la vida humana a un fin no escogido, de forma necesaria, fatal e irremediable. Sin embargo, desde la metapsicología, el destino lo podemos entender como la compulsión a la repetición, como decía Freud, ese eterno retorno a lo igual, que puede ser modificado gracias a la transformación de lo repetido a lo representado.



En cuanto al desafío, éste alude a un reto, una empresa difícil a la que hay que enfrentarse. Afrontar o enfrentarse a un peligro o dificultad. Desde luego que un tratamiento psicoanalítico representa un desafío, pero ¿desafío para quién? Evidentemente para ambos miembros de la dupla, pero creo que, principalmente, para el psicoanalista, ya que ser analistas nos ubica en el lugar del objeto atractor de la pulsión, y nos enfrenta a desafiar el conflicto generado por la lucha entre las pulsiones, lograr la movilización de la pulsión, poner Eros, libidinizar al paciente o, como lo decía Marilia Aisenstein, hacer una reanimación psíquica.

Para poder movilizar la pulsión y lograr una reanimación psíquica, es necesario el trabajo en transferencia y su interpretación, interpretación que no puede estar sustentada en un saber; es una interpretación producto de un trabajo en doble que produce un inconsciente que moviliza la pulsión ante el encuentro entre dos psiquismos, que sorprende tanto al paciente como al analista para favorecer la aparición de ese inconsciente irrepresentable que se genera en el encuentro con un otro. Nuestro trabajo implica un esfuerzo por representar lo irrepresentable para que advenga la palabra que da sentido y poder pasar de la repetición a la representación.

Y para nosotros, como psicoanalistas, ¿qué hacer y cómo hacer frente a un Yo con una falla en su trabajo de representancia? Para ello me valdré del concepto de procesos terciarios de Green, quien los define como “aquellos procesos que ponen en relación los procesos primarios y secundarios de tal manera que los primarios limitan la saturación de los secundarios y los secundarios de los primarios [...] el trabajo del pensamiento consagrado al ejercicio de los

procesos secundarios sigue abierto a unos procesos primarios, que aseguran la irrupción de la intuición creadora en el momento mismo de ejercerse la más rigurosa racionalidad” (Green, 1996), es decir, el analista cumple una función de mediación por medio de un trabajo de figurabilidad que emana de un pensamiento cuasialucinatorio del analista, frecuentemente bajo la forma de una imagen visual, que no devela en sí ningún sentido latente, sino que crea sentido allí donde estaba ausente. Proceso de traducción de esas huellas prehistóricas sin palabras para encausarlas a un camino de simbolización. La escucha analítica consiste, según Green, en escuchar en proceso primario e interpretar en proceso secundario para favorecer la elaboración psíquica por medio de *construcciones*, instrumento con el que contamos para generar un espacio potencial que dé lugar a nuevos espacios que nunca tuvieron ocasión de constituirse. Este doble funcionamiento permite que el espacio analítico, propio de la transferencia, se constituya en el espacio potencial, creador de una transicionalidad interna intrapsíquica que permita establecer ligaduras.

Así como Green, con su teorización del trabajo de lo negativo, nos muestra cómo la teoría psicoanalítica y el psicoanálisis contemporáneo han ganado en profundidad y en extensión, y nos muestra una visión más esperanzadora en la clínica actual, también Laplanche, con su concepto del *après-coup* planteando un devenir, abre la puerta a los pacientes y a los analistas a la posibilidad a futuro de modificar ese destino restándole esa connotación de fatalidad. Para él, el *après-coup* es un acto psíquico, un golpe (*coupe*) que sorprende tanto al analista como al paciente, que permite que pos-



teriormente (*aprè*) a éste, lo pasado se reordene y dé lugar a algo nuevo que marcará el futuro, un devenir; no tiene que ver con lo pasado, sino a dónde se dirige el deseo. Respecto al tiempo del pensamiento, menciona que “el tren de un pensamiento no corre en línea recta, no es lineal, ni circular, obligado a repetir siempre las mismas secuencias [...] sino que en el trayecto del pensamiento que vuelve a pasar por el mismo punto, con cada vuelta, el problema se enriquece; hasta los datos mismos cambian, pero en cada vuelta ‘se despega’ de la precedente y marca un progreso” (Laplanche, 2006).

Digamos que es como un caleidoscopio que, con los mismos elementos y con cada movimiento, reordena algo y da lugar a una nueva forma. En cada repetición, algo se reordena, el reordenar ya es algo nuevo, y esto hace que el pasado se vea de otra manera. La palabra del analista, que con las construcciones e interpretaciones que da sorprende al paciente, hace un *coup* que reordena el pasado y da otra forma de percibirlo y, así, crear un nuevo sentido en el futuro, evitando que se gire en círculo y se dé un movimiento en espiral. Como podemos ver, no se trata de una anamnesis propia del inconsciente reprimido, sino del efecto de una palabra plena que reordena las contingencias pasadas, dándoles el sentido de las necesidades por venir; es un devenir, es un movimiento de descomposición y recomposición de los significantes enigmáticos en el tiempo, resignificando con nuevos sentidos aquello que, aparentemente, es una obstinada repetición.

El eje rector del proceso terapéutico es el trabajo en transferencia y ocupa el primer plano de la escena y de la encrucijada entre lo intrapsíquico y lo inter-

subjetivo. La internalización del vínculo con el analista mediante la transferencia reproduce el vínculo con el objeto primario que, también, apoyado en lo sensorial, aportó los contenidos presimbólicos, precursores del sentido y la simbolización, pero el vínculo transferencial va más allá, pues es la oportunidad de crear algo nuevo, una nueva historización para que aquel pasado no representado advenga. Este trabajo de simbolización urdido entre analista y analizando recorrerá un camino de nominación y cualificación de los afectos más primarios, posibilitando que esa vivencia averbal, cargada de afecto, pierda su carácter desestructurante. A través de las construcciones armamos una historia que dé mejor cuenta del sufrimiento y el dolor, y con la mediación de la palabra rearmaremos los pedazos de esa historia escindida y desmentida.

Clínicamente no podemos invocar el pensar ni el recordar sin antes favorecer la restitución de la capacidad de sentir por medio del vivenciar, en constante regresión y progresión, en virtud del trabajo en transferencia.

Un punto de vital importancia que no podemos ignorar es la vitalidad psíquica necesaria del analista, ya que la presencia real y viva de éste es decisiva. La actividad del analista, según Joyce McDougall, es imaginar, fantasear, comprender e interpretar (McDougall, 1993).

Viñeta clínica

Alma Delia es una paciente de 55 años que empezó proceso terapéutico hace ya algún tiempo. Inició el tratamiento con cuatro sesiones a la semana y actualmente va a dos. Presentaba somatizaciones, actuaciones que ponían en peligro su vida, constantes cirugías esté-



ticas peligrosas y amenazas de suicidio, pues decía que su vida no tenía sentido.

Siendo ella adolescente perdió a su madre en un accidente de tráfico. Cuando relató esto lo hizo sin emoción y decía que no resintió su muerte, que durante la velación y el sepelio no derramó ni una sola lágrima, que nada más se fijaba en los demás para adivinar lo que tenía que hacer y sentir.

A varios meses de haber iniciado el tratamiento, en una sesión, la primera de la semana después del fin de semana, que para ella eran caóticos, traía puesta una sudadera que le había prestado su entonces pareja. Comenzó, como era costumbre en ella, dándome todo un reporte pormenorizado de todas las actividades realizadas el fin de semana. Mientras hacía su relato, constantemente se jalaba la sudadera, llevándosela a la nariz y oliéndola. Esta conducta llamó mi atención sin que pudiera entender qué significaba. De repente, se me vino a la cabeza la imagen de mi sobrinita de dos años oliendo frecuentemente su inseparable frazadita para poder dormirse cada vez que su mamá se iba y la dejaba conmigo.

De una manera totalmente inesperada y sorpresiva, tanto para ella como para mí, hice una intervención diciéndole: "Hueles constantemente la sudadera de Juan para sentir su presencia, como te debe haber sucedido de chiquita con algo de tu mamá para sentir su presencia y no sentirte sola".

Se quedó callada con cara de perplejidad y en estado de estupor, y, después de un rato de silencio, me dijo: "Se me acaba de venir a la mente algo de lo que no me acordaba. De recién muerta mi mamá, yo iba a su recámara, que estaba con todo y tal cual como ella la había dejado. Me sentaba frente al espejo de su tocador y me ponía las pelucas

de ella y su ropa viéndome en el espejo como si yo fuera ella, y después de esto empezaba a oler toda la ropa que permanecía colgada en el clóset".

Al terminar el relato de este recuerdo, rompió en una crisis de llanto y de sollozos desgarradores, los cuales ya no pudo contener el resto de la sesión. Cuando logró reponerse un poco, al final de la sesión me dijo: "Aunque todo esto es muy doloroso y me hace sufrir mucho, vengo contigo porque tú me trauces lo que yo siento".

Unos meses después de esta sesión, llegó diciéndome que se había inscrito en un taller para aprender a catar vinos, y que la metodología inicial consistía en que le vendaban los ojos y le acercaban a la nariz distintos elementos para que ella los olfateara, los reconociera y dijera qué sensaciones le provocaban y qué evocaba con ellos. Ella ligó esto con aquella sesión en la que se acordó de cómo olía la ropa de su mamá para evocarla, y admitió que ahora sí podía identificar, reconocer y nombrar sus sentimientos, pues ellos eran su esencia, y lo relacionó con la lectura que había hecho del libro *El perfume*.

Hace unas semanas, ante el probable fallecimiento a no muy largo plazo de su papá, el cual se convirtió en su pilar desde que murió su mamá, llegó diciéndome: "Algo raro pero diferente me está sucediendo, todo se repite; estoy viviendo situaciones muy parecidas a las vividas anteriormente y recordándolas, pero ahora las entiendo de una manera diferente, me siento más fuerte. Es como si me hubieran hecho un exorcismo, ahora siento como que algo dentro de mí se hubiera compactado; me duele, pero ahora es consciente y me da fuerza para enfrentar las cosas y seguir adelante".



BIBLIOGRAFÍA

- Aisenstein, Marilia** (2014). *El dolor y sus enigmas*. Paradisiaco Editores: Ciudad de México.
- Aulagnier, Piera** (2010). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- Freud, S.** (1996). *Proyecto para una psicología para neurólogos*. Obras completas. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- _____. (1996). *La interpretación de los sueños*. Obras completas. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- _____. (1996). *El chiste y su relación con el inconsciente*. Obras completas. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- _____. (1996). *La carta 52*. Obras completas. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- Green, André** (1997) *Las cadenas de Eros. Actualidad de lo sexual*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- _____. (1996). *La metapsicología revisitada*. Eudeba: Buenos Aires.
- Kristeva, Julia** (1986). *Al comienzo era el amor. Psicoanálisis y Fe*. Gedisa editorial: Buenos Aires.
- Laplanche, Jean** (2012). *El après-coup. Problemáticas VI*. Amorrortu Editores: Buenos Aires.
- McDougall, Joyce** (1993). *Alegato por una cierta anormalidad*. Paidós: Argentina.
- Mannoni, Maud** (1992). *Lo nombrado y lo innombrable. La última palabra de la vida*. Ediciones Nueva Visión: Buenos Aires.
- Reyes, Patricia** (2006). "El campo de lo negativo. Una memoria sin recuerdos". En *Revista de Psicoanálisis de Guadalajara*, núm. 1. México, 2006.
- Szpilka, Jaime** (1989). *Sobre la cura psicoanalítica. Una palabra de amor*. Tecnopublicaciones, S. A. Madrid, 1989.
- Varela, O., Guzmán, M. E., Lira, A., Reyes, P.** (2017) "¿Es la interpretación promotora del cambio psíquico?". En *Revista de Psicoanálisis de Guadalajara*, núm. 11. México, 2017.